

regocijarse y de gozar santamente de las delicias que se le ofrecen en esta mesa tan exquisitamente servida por el rey de los cielos.

Sería no tener corazón, mostraríais no apreciar en modo alguno lo que hacéis al comulgar, si, después de haber recibido a nuestro Señor, no sintierais nada ni nada tuvierais que decirle para dar gracias.

¡Pero si no soy contemplativo, si soy incapaz de conversar interiormente!, diréis.—Entendámonos. No es menester un estado de vida espiritual muy elevado para poder conversar interiormente después de la Comunión. ¿Tenéis buena voluntad? Jesús os hablará y entenderéis su lenguaje, pues es un lenguaje del corazón que todos entienden.

Sed, pues, muy fieles, hasta escrupulosos, en punto a la acción de gracias.

He aquí algunos consejos para sacar el mayor provecho posible de este tiempo tan precioso.

## I

Cuando hayáis introducido a Jesús en vuestro pecho y colocándole sobre el trono de vuestro corazón, quedad quietos un rato, sin oración vocal alguna; adorad en silencio, postraos en espíritu a los pies de Jesús como Zaqueo, como Magdalena, junto con la Virgen santísima; miradle sobre cogidos de admiración por su amor.

Proclamadle rey de vuestro corazón, esposo de vuestra alma y escuchadle... Decidle: “Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha...”

Poned vuestro corazón a los pies del divino Rey... Ofreced vuestra voluntad para ejecutar sus órdenes y consagrad todos vuestros sentidos a su divino servicio.

Sujetad vuestra mente a su trono para que no divague; o mejor, ponedla bajo sus pies, para que Jesús le exprima todo orgullo y ligereza.

Mientras el alma se siente recogida y sosegada en presencia de nuestro Señor, dejadla que disfrute del dulce sueño del alma en el seno de Jesús; más aprovecha con esta gracia, que la alimenta y la une por modo tan suave con su Amado, que con cualquier otro ejercicio.

## II

Pasado que haya ese estado de recogimiento, debe el alma empezar los actos de agradecimiento, para lo cual podréis servirlos con fruto de los cuatro fines del sacrificio.

*Adorad* a Jesús sobre el trono de vuestro corazón; besad con respeto sus divinas plantas y augustas manos; apoyaos en su corazón, inflamado de amor; ensalzad su poder; afrecedle las llaves de vuestra morada en homenaje de adoración y de absoluta sumisión; proclamadle por dueño vuestro y declaradle que, como dichosos servidores suyos, estáis dispuestos a todo por complacerle.

*Dadle gracias* por haberos honrado y amado tanto; por haberos colmado de tantos bienes ahora que le habéis recibido. Alabad su bondad por vosotros tan pobres, imperfectos e infieles. Invitad a los ángeles y santos, a su divina Madre, a que alaben, bendigan y den gracias a Jesús en vuestro lugar. Mostrad vuestra gratitud a este buen Salvador, por medio de las acciones de gracias de la santísima Virgen, tan henchidas de amor y tan cabales.

*Llorad* una vez más vuestros pecados a sus pies, como la Magdalena siempre siente el amor penitente la necesidad de llorar y nunca se cree exento de las deudas de gratitud. Haced protestas de fidelidad y de amor; hacedle el sacrificio de vuestros afectos desordenados, de vuestra flojedad y pereza en emprender lo que os cuesta.

Pedidle la gracia de no ofenderle más y declaradle que mil veces preferís la muerte al pecado.

*Pedid* cuanto queráis, que este es el momento de la gracia; hasta el propio reino está Jesús dispuesto a daros. Le complace el ver que le ofrece la ocasión de derramar sus beneficios. Pedidle reine en vosotros su santidad, así como en vuestros hermanos; suplicad que su caridad more en todos los corazones.

Rogad por vuestras necesidades del día.

Rogad por los vuestros, por vuestros pastores, por el sumo pontífice, por toda la Iglesia.

Pedid el triunfo de la fe, la exaltación de la Iglesia Romana, la paz en la tierra.

Pedid sacerdotes santos para los pueblos, religiosos fervorosos para la Iglesia, buenos adoradores para nuestro Señor sacramentado.

Pedid que se extienda el reinado eucarístico de Jesús;

que los pecadores, y en especial aquellos por quienes más se interesa vuestra caridad, se conviertan. Orad por cuantos se han encomendado a vuestras oraciones.

Pedid, en fin, que Jesucristo sea conocido, amado y servido por todos los hombres. Antes de ir a casa, ofreced un obsequio de amor, o sea algún sacrificio que habréis de hacer durante el día.

Finalmente, rezad algunas oraciones por las intenciones del soberano pontífice, para ganar las indulgencias que tengan la comunión por condición; complaceos en aplicarlas a las almas del purgatorio, sobre todo a aquellas que Jesús ama.

Durante el día habéis de ser como el vaso que ha contenido un perfume, o un santo que ha pasado una hora en el paraíso; no olvidéis la regia visita de Jesús...

### III

El mejor modelo de acción de gracias lo encontraremos en María recibiendo al Verbo en su seno. El mejor medio de hacer una recepción que plazca a Jesús y sea para nosotros buena y rica en gracias es adorarle como presente en nuestro pecho uniéndonos con María.

María, sin duda, comenzó su adoración en aquel solemne momento haciendo un acto de anonadamiento de todo su ser ante la soberana majestad del Verbo, al ver cómo había elegido a su humilde sierva por su bondad y amor a Ella y a los hombres todos. Tal debe ser el primer acto, el primer sentimiento de mi adoración después de la comunión. Este fué también el sentimiento de Isabel al recibir a la madre de Dios, que llevaba al Salvador oculto aún en su seno: *Unde hoc mihi?* ¿De dónde a mí dicha tanta, que tan poco merezco?

El segundo acto de María debió ser de gozoso agradecimiento por la inefable e infinita bondad del Señor para con los hombres; un acto de humilde gratitud por haber escogido para comunicar esta gracia sin par a su indigna aunque muy dichosa sierva. La gratitud de María exhálase en actos de amor, alabanza y bendición ensalzando la divina bondad. Porque la gratitud es todo esto, es una expansión en la persona bienhechora; pero una expansión intensa y amorosa. La gratitud es el corazón del amor.

El tercer acto de la santísima Virgen debió ser de abne-

gación, de ofrenda, de don de sí, de toda la vida al servicio de Dios: *Ecce ancilla Domini*; un acto de pesar por ser, tener y poder tan poca cosa para servirle de un modo digno de El.

Ofrécese ella a servirle como El quiera, a costa de todos los sacrificios que le plazca exigirle; por feliz se tendría si pudiera así corresponder al amor que a los hombres muestra en la Encarnación.

El último acto de María sería, sin duda, de compasión por los hombres pecadores, para cuya salvación se encarnaba el Verbo. Ella supo hacer que la infinita misericordia se interesara por ellos ofreciéndose a reparar y hacer penitencia en su lugar, con el fin de lograr su perdón y retorno a Dios.

¡Oh, cuánto quisiera yo adorar al Señor como le adoraba esta buena madre! Lo mismo que ella, le poseo en la Comunión. ¡Oh Dios mío! Dadme a esta buena adoradora por verdadera madre; hacedme partícipe de su gracia, de su estado de adoración continua del Dios a quien había recibido en su seno tan puro, verdadero paraíso de virtudes y de amor.

Quiero pasar este día en unión con María, y, como Ella, vivir sólo para Jesús, presente en mi corazón.



## LA EXTENSION DE LA ENCARNACION

*Verbum caro factum est.*  
"El Verbo se hizo carne."  
(JOANN., I, 14.)

### I

LA encarnación del Verbo en el seno de María nos anuncia la Eucaristía. Este hermoso sol de las almas, que ha de vivificar y regenerarlas, se levanta en Nazaret y llega al mediodía en la Eucaristía, que será el término del amor de Dios en la tierra. El grano de trigo divino ha sido sembrado en las castas entrañas de María. Germinará y madurará y lo molerán, para con él hacer el pan eucarístico. Tan unida va en el plan divino la encarnación con la Eucaristía, que las palabras de san Juan pudieran traducirse así: El Verbo se ha hecho pan: *Verbum caro, Verbum panis*. Todas las circunstancias del misterio de la encarnación fueron gloriosas para María; todo es también glorioso para nosotros en la Comunión, que nos hace participar de la honra y gloria de la santísima Virgen.

El prólogo del misterio de la encarnación tuvo lugar entre el ángel y la Virgen santísima. El ángel anuncia el misterio y pide el consentimiento de María.

El ángel que a nosotros nos llama a la Comunión es el sacerdote, es la Iglesia mediante su órgano el sacerdote. ¡Qué honra para nosotros! La Iglesia es reina y los ángeles la sirven; es esposa, y por eso no sólo anuncia al Verbo sacramentado, sino que lo lleva y nos lo da. María no creyó en lo que le decía el ángel sino en vista del prodigio que le anunciaba. Cuanto a nosotros, podemos creer a la Iglesia bajo su palabra. Ella es nuestra madre y nosotros somos hijos suyos, y nadie dice a la madre: ¿Es realmente pan esto? ¿No me da usted una piedra en lugar de pan? La Iglesia habla, y creemos en su palabra. Claro que bien podría dar, como el ángel, pruebas de su misión.

El anuncio de la Comunión es, pues, glorioso para nosotros, como lo fué para María el de la encarnación.

### II

La Encarnación supuso como condición la virginidad de María. Dios no quería más que una madre virgen, y aguar-

dó cuatro mil años para que se le preparase este tabernáculo purísimo. El Espíritu santo baja, pues, a María y preserva su virginidad, fecundándola: el misterio se realiza. Hasta tal punto quiere Dios la virginidad en el plan que tiene trazado, que la primera predicción que de la misma se hizo fué dirigida a Eva cuando aún era virgen.

En cuanto a nosotros, Dios nos pide la pureza de corazón, esa pureza que es vida del alma. Como no tenemos virtudes dignas de El, quiere que tengamos al menos profundo respeto y una humildad sincera.—Señor, no soy digno de recibirlos; antes, alejaos de mí, pues soy un pobre pecador.—Sentimiento es éste que suple cuanto nos falta; con esto se contenta nuestro Señor; como poseamos esto, lo demás ya nos lo dará El cuando venga. Tengamos tan sólo fe, humildad y confianza, y dejemos lo restante a cuenta de Jesucristo.

El ángel, como prueba de su misión, anunció a María el prodigio de la fecundidad de Isabel: “Todo es posible para Dios”, añadió. El alma, estéril como Isabel, se tornará también fecunda. Es preciso recibir el manjar que comunica la fecundidad. La Eucaristía os hará producir en un solo día para la gloria de Dios más que toda la vida sin ella.

En medio de todas estas magnificencias que el ángel despliega ante sus ojos, María no ve más que su pequeñez, su propia nada. He ahí nuestro modelo. Pobres criaturas, indignas de las miradas de Dios somos... Pero puesto que se digna llamarnos y escogernos, digámosle con María: *Fiat*, hágase en mí según tu palabra.

Algo del misterio que en María se realiza se verifica también en nosotros. En el momento de la Comunión, la Eucaristía viene a ser en realidad una extensión de la encarnación, una propagación de ese incendio de amor, cuyo foco está en la santísima Trinidad. Aunque en el seno de María la encarnación abarca la naturaleza humana en general, no logra con todo la plenitud de su extensión hasta unirse con cada uno de los hijos del género humano. En María el Verbo se une con la naturaleza humana; mediante la Eucaristía se une con todos los hombres.

Para redimirnos bastaba con que el Verbo se uniera numéricamente con sola una criatura humana; sólo quería sufrir y expiar los pecados en su cuerpo y alma muriendo en nombre de todos entre indecibles tormentos. Pero cuando esta humanidad fué triturada, resultando manantial de toda justificación, Jesucristo la convirtió en Sacramento, que ofrece a todos, para que todos puedan participar de los méritos

y de la gloria del cuerpo que tomó en María. Y ahora sólo nos queda recibirle; y recibéndole poseemos más que María, porque poseemos el cuerpo glorioso y resucitado del Salvador, marcado con los estigmas del amor, señales de su victoria sobre las potestades de este mundo.

¡Oh maravilla! Al comulgar, recibimos más que lo que María recibió en la encarnación, pues María no llevaba en su seno más que el cuerpo pasible del Verbo, en tanto que nosotros recibimos el cuerpo impasible y celestial. María llevaba al varón de dolores, mientras que nosotros poseemos al Hijo de Dios coronado de gloria. Y aún le recibimos de un modo más consolador; cada día que pasa, veía María abreviarse el tiempo que había de tenerle en sus castas entrañas, y al cabo de nueve meses tuvo que separarse de este divino peso. A nosotros, en cambio, todos los días se nos renueva esta dicha, y hasta el fin de nuestra vida podremos recibir y llevar al Verbo sacramentado.

Al formar en María la santísima humanidad del Verbo, el Espíritu santo dotó a su augusta esposa de los dones más preciosos: el Verbo le trajo su gloria y todas las virtudes juntas en grado hasta entonces inaudito. Si en María se hubiese obrado muchas veces este misterio, cada vez habría recibido una nueva y no menos magnífica dotación...

Es lo que sucede con nosotros. Cada vez viene nuestro Señor con todas sus gracias y todos sus dones nos enriquece incesantemente sin nunca cansarse; cual otro sol, que cada día vuelve a salir con tan bello resplandor, se nos viene tan hermoso y glorioso como si no hubiera de venir sino una sola vez.

*Verbum caro factum est.* El Verbo se ha hecho carne: he ahí la gloria de María. El Verbo se ha echo pan: he aquí nuestra gloria. Nuestro Señor se nos entregó una vez para satisfacción de su amor; vuelve a dárse nos sin cesar para saciar sus nuevos e infinitos ardores. Poca cosa es para su corazón una limosna de gracias. El mismo se hace don, pan, y la Iglesia nos lo distribuye. ¿Pudo hacer más, ir más lejos? ¿Por ventura pudo allegarnos más a su madre, no digo en dignidad o en virtudes, pero sí en la efusión de su amor, mayor, al parecer, en el don que a nosotros nos hace que en el que hizo a María? La santísima Virgen supo agradecer las gracias de Dios; amemos como ella también nosotros, puesto que nos cabe una parte en su honra.



## EL PAN DE VIDA

*Ego sum panis vitae.*

"Yo soy el pan de vida."

(JOANN., VI, 35.)

EL mismo Jesús es quien se ha dado el nombre de pan de vida. ¡Qué nombre! Sólo El podía imponérselo. Si un ángel hubiera recibido el encargo de poner un nombre a nuestro Señor, habríale dado uno conforme a alguno de sus atributos; pero nunca se hubiera atrevido a llamar pan a Dios. ¡Ah! pan de vida: esto es el verdadero nombre de Jesús, el que le comprende por entero con su vida, muerte y resurrección: en la cruz será molido y cernido como la harina; resucitado, tendrá para nuestras almas iguales propiedades que el pan material para nuestro cuerpo; será realmente nuestro pan de vida.

### I

Ahora bien: el pan material alimenta y mantiene la vida. Es necesario sustentarnos con la alimentación, so pena de sucumbir. Y la base de esta alimentación es el pan, manjar más sustancial para nuestro cuerpo que todos los demás, pues sólo él basta para poder vivir.

Físicamente hablando, el alma ha recibido de Dios una vida que no puede extinguirse, por ser inmortal. Mas la vida de la gracia, recibida en el bautismo, recuperada y reparada por la penitencia; la vida de la santidad, mil veces más noble que la natural, no se sostiene sin comer, y su alimento principal es Jesús sacramentado. La vida que recobramos por la penitencia complétase en alguna manera con la Eucaristía, la cual nos purifica del apego al pecado, borra las faltas cotidianas, nos infunde fuerzas para ser fieles a nuestras buenas resoluciones y aleja las ocasiones de pecar.

"El que come mi carne tiene la vida", ha dicho el Señor. ¿Qué vida? La misma de Jesús: "Así como el Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come, también él vivirá por mí." El alimento comunica su sustancia a quien lo come. No se transforma Jesús en nosotros, sino que a nosotros nos transforma en sí.



Hasta nuestro cuerpo recibe en la Comunión una prenda de resurrección; y merced a ella podrá ser, aún desde esta vida, más templado y dócil al alma. Después no hará más que descansar en la tumba, conservando siempre el germen eucarístico, que en el día de premios será manantial de una gloria más esplendorosa.

## II

No se come sólo para conservar la vida, sino también para sacar fuerzas con que realizar los trabajos necesarios. Comer para no morir, a duras penas llega a la más elemental prudencia. Eso no basta. El cuerpo debe trabajar y en el trabajo se gastan fuerzas, que han de sacarse, no de la propia sustancia, que bien pronto se agotaría, sino de las reservas producidas por la alimentación. Es ley que no puede darse lo que no se tiene; bien pronto cae exhausto el hombre condenado a un trabajo duro que, llegada la tarde, no puede alimentarse sino insuficientemente.

Cuanto más queramos acercarnos a Dios y practicar la virtud, mayores son los combates que nos aguardan, y mayores han de ser, por tanto, las fuerzas de que debemos proveernos para no salir derrotados. Pues bien: sólo la Eucaristía puede darnos fuerzas suficientes para todas estas luchas de la vida cristiana. La oración y la piedad bien pronto languidecen sin la Eucaristía. La vida piadosa es un continuo crucificarse de la naturaleza, y en sí misma considerada pocos alicientes presenta; no sale uno al encuentro de la cruz si no se siente suave, pero fuertemente sostenido. Regla general: piedad sin Comunión, piedad muerta.

Por lo demás, ved lo que os dice vuestra experiencia. ¿Cómo habéis cumplido vuestros deberes al dejar de comulgar? No bastan ni el bautismo que da la vida, ni la confirmación que la aumenta, ni la penitencia que la repara: todos estos sacramentos no son más que preparación de la Eucaristía, corona y complemento de todos ellos.

Jesús ha dicho: Sígueme. Sólo que es difícil, porque eso pide muchos esfuerzos, exige la práctica de las virtudes cristianas. Unicamente el que mora en nuestro Señor produce mucho fruto, y ¿cómo morar en nuestro Señor sino comiendo su carne y bebiendo su sangre? *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in eo.*

Somos dos cuando Jesucristo está en nosotros. El peso dividido entre dos resulta más ligero. Por eso dice san Pablo:

“Todo lo puedo en Aquél que me fortifica.” Quien le fortifica es el que vive en nosotros: Cristo Jesús.

### III

Además, el pan, sean cuales fueren las apariencias, no carece de ciertas delicias. La prueba, que nunca se cansa uno con él. ¿A quién le hastía el pan aun cuando los demás alimentos le parezcan insípidos? Ahora bien: ¿dónde, a no ser en este panal de miel que llamamos Eucaristía, puede hallarse la dulzura substancial? De ahí que esa piedad que no se alimenta frecuentemente de la Eucaristía no sea suave ni se trasluzca en ella el amor de Jesucristo. Es dura, austera, salvaje; no gusta ni atrae, no va sembrada en el amor de Jesús. Pretenden ir a Dios sólo por el sacrificio. Buen camino es éste, seguramente; pero sobradas razones hay para temer que el desaliento rompa al fin ese arco demasiado tirante. Los que van por este camino tienen sin género de duda mucho mérito; pero les falta el corazón, la ternura de la santidad, que no se encuentra más que en Jesús.

¿Sin la Comunión quieres vivir? ¡Pero, hermano, si la tradición cristiana te condena! No digas más el *Pater*, pues en esta oración pides el pan de cada día sin el que pretendes pasarte.

Sí, sin la Comunión queda uno siempre en lo arduo del combate; no se conocen las virtudes más que por lo que cuestan para adquirirlas y se desconoce su aspecto más atractivo, esto es, el gusto de trabajar, no sólo para sí, sino también por la gloria de Dios, por amor para con El, por amistad, como hijos, sin que la esperanza de la recompensa sea el único móvil que a ello nos impulse. El que comulga fácilmente comprende que, como recibe mucho, mucho debe también devolver, y en esto consiste la piedad inteligente, filial y amante. De ahí que la Comunión nos haga felices con felicidad amable y dulce aun en las mayores pruebas. Es perfección consumada mantenerse unido con Dios en medio de las más violentas tentaciones interiores. Al tentarnos más, más nos ama Dios. Pero, para que estas tempestades no acaben con vosotros, habéis de volver a menudo al manantial del amor para cobrar nuevas fuerzas y purificaros más cabalmente en este torrente de gracias y de amor.

Comulgad, por tanto; comed el pan de vida, si queréis disfrutar de una vida sana, de fuerzas bastantes para el com-

bate cristiano y de felicidad en el seno mismo de la adversidad.

La Eucaristía es pan de los débiles y de los fuertes; es necesario a los débiles, está claro; pero también lo es a los fuertes, pues en vasos de arcilla, rodeados por todas partes de enemigos encarnizados, llevan su tesoro.

Asegurémonos, pues, una guardia, una escolta fiel, un viático que nos conforte. Todo eso lo será Jesús nuestro pan de vida.

## LA COMUNION, MANA DE LOS ELEGIDOS

*Panem de coelo praestitisti  
illis, omne delectamentum in se  
habentem.*

“Les habéis dado, Dios mío,  
un pan celestial que encierra to-  
do sabor.”

(SAP., XVI, 20.)

EL maná que Dios hacía bajar cada mañana sobre el campamento de los israelistas encerraba toda clase de gustos y propiedades; reparaba las fuerzas decaídas, daba vigor al cuerpo y era un pan muy suave.

La Eucaristía, figurada por el maná, contiene también todo género de virtudes; es remedio contra nuestras enfermedades espirituales, fuerza contra nuestras cotidianas flaquezas, fuente de paz, de gozo y felicidad.

### I

Según el concilio de Trento, la Eucaristía es un antídoto divino que nos libra de nuestras faltas cotidianas y nos preserva de las mortales; es fuego devorador que consume en un instante la paja de nuestras enfermedades espirituales.

La sagrada Comunión es la lucha que Dios sostiene en nosotros contra la concupiscencia y contra el demonio, al que incesantemente están llamando nuestras pasiones. El demonio es en parte dueño de nosotros por connivencia con nuestros apetitos desordenados. Ahora bien: ¿no ha dicho Jesús: “Venid a mí todos los que gemís bajo el peso de la esclavitud de vuestros viejos pecados, que yo os libraré”?

La penitencia nos lava de la mancha de la falta; pero, por purificados que estemos, siempre subsiste algún vestigio de las cadenas, alguna pendiente hacia la recaída; aunque expulsado, el demonio mantiene inteligencias con la plaza. A destruir los restos del pecado, contrarrestar nuestras malas inclinaciones e impedir que el demonio nos sojuzgue nuevamente, nos viene Jesucristo.



## II

Pero la sagrada Comunión es más que un remedio, es también fuerza; nos ayuda eficazmente a ser buenos, virtuosos y santos.

De seguro que es difícil adquirir una virtud cristiana. La virtud es nada menos que una cualidad de Jesús de la que debemos revestirnos; trátase de una educación divina, de trasplantar costumbres de Jesucristo a nosotros. Pues bien: en la sagrada Comunión se forma Jesús en nosotros y se convierte en nuestro amo. Por las inspiraciones de su amor despierta el agradecimiento que como a nuestro bienhechor le debemos, el deseo de parecer el presentimiento de la dicha que se experimenta en imitarle y vivir de su propia vida. ¡Cuántos encantos no encierra la virtud en la escuela de la Comunión! ¡Cuán fácil no se torna la humildad cuando, al comulgar, se ha visto al Dios de la gloria humillarse hasta venir a un corazón tan pobre, a un entendimiento tan necio, a un cuerpo tan miserable como el nuestro!

Qué fácil resulta la mansedumbre bajo la acción de la cariosísima bondad de Jesús dándonos con toda la dulzura de su corazón. ¡¡Cuán amable es el prójimo cuando se le ve alimentarse con el mismo pan de vida, sentarse a la misma divina mesa y ser amado tan efusivamente por Jesucristo! ¡Cómo pierden su aspereza la penitencia, la mortificación y el sacrificio cuando se recibe a Jesús! ¡Hasta qué punto no siente uno en sí la imperiosa necesidad de abrazar la vida de quien le ha salvado y le da la Eucaristía!

Mucho más pronto se educa el cristiano en el cenáculo que en cualquiera otra escuela. Ello es debido a que en la Comunión todas las gracias obran juntas, todas las virtudes del Salvador se reflejan en nuestra alma bajo el poderoso influjo de este divino Sol, que en nosotros está penetrándonos con su luz y sus fuegos. La Comunión es para nuestra alma y nuestro cuerpo el troquel de Jesús. Oíd si no estas sus palabras: "Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él" (1). Trátase, por tanto de una cohabitación de Jesús con el que comulga y del que comulga con Jesús; trátase de una sociedad de dos vidas, de una unión inefable de amor, de una misma vida en dos personas.

---

(1) Joann., VI, 57.

### III

La sagrada Comunión es asimismo felicidad.

¿Qué es la dicha sino la posesión de un bien infinito, la posesión real y permanente de Dios? Pues éste es cabalmente el divino fruto de la Comunión.

También es paz. Jesús es Dios de paz. “Os dejo mi paz, os doy mi paz”, les dice a los Apóstoles después de haberles dado la Comunión. “Pero no os la doy como el mundo”, con revueltas y tempestades, sino que os doy la paz de Dios, la cual es tan suave que excede a todo sentimiento. Con sola una palabra calma Jesús las tempestades, sin más que una mirada, dispersa y abate a nuestros enemigos.

La Comunión es también dulzura. Es el verdadero maná que satisface todos nuestros deseos, porque encierra toda dulzura; es el perfume celestial del hermoso lirio del campo, que nos embelesa en Dios.

El alma humilde y recogida experimenta en todo su ser cierta conmoción causada por la presencia de Jesucristo; siente que la acción de este sol de amor la dilata; nota en sí cierto bienestar, cierta agilidad, suavidad y fuerza de unión y de adhesión a Dios que de sí misma no procede; siente a Jesús en todo su ser; ve que es como un paraíso habitado por Dios, en cuya corte quiere trocarse, repitiendo todas las alabanzas, acciones de gracias y bendiciones que los ángeles y santos cantan a Dios en la gloria.

¡Feliz momento el de la Comunión, que hace que nos olvidemos del destierro y de sus miserias!

¡Cuán dulce es el reposo del alma en el corazón mismo de Jesús!

¡Bien sabía este buen maestro que nos había de hacer falta gustar de vez en cuando la dulzura del amor!

Imposible estar siempre en el calvario del dolor o en la refriega del campo de batalla.

El niño necesita del seno de su madre, y el cristiano del de Jesús.

La virtud sin la Comunión viene, por tanto, a ser como la fuerza del león: resultado del combate, de la violencia; es dura. Para que tenga la mansedumbre del cordero, es necesario que beba la sangre del cordero sin mancha, que coma de esta miel del desierto.

En fin de cuentas, la felicidad engendra amor: no amamos sino lo que nos hace felices. No vayáis a buscarla fuera

de la Eucaristía. El Salvador no ha puesto la divina dicha ni en las virtudes ni en los demás misterios, sino sólo en sí mismo; preciso es comerle para paladear plenamente su felicidad. "Gustad y ved cuán bueno es el Señor", dijo el Profeta. Y nuestro Señor ha dicho también: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna." Pero la vida eterna es el cielo, la santidad beatificada en Jesucristo.

Las virtudes del Salvador no son, por consiguiente, otra cosa que camino; los diversos misterios de su vida y hasta de su pasión no son más que otros tantos caminos que deben conducirnos al cenáculo eucarístico; sólo aquí ha establecido Jesús su morada permanente para la tierra; aquí hay que morar, vivir y morir.

## LA COMUNION, GOZO DEL ESPIRITU

*Et exsultavit spiritus meus in  
Deo salutari meo.*

“Mi espíritu se ha transportado de gozo en Dios mi salvador.”

(LUC., I, 47.)

**Q**UERIENDO Dios alimentar a nuestra alma la ha dado su pan, que es la Eucaristía, anunciada en la sagrada Escritura: *Los alimentaré con pan de vida y de inteligencia.*

No hay en la tierra gozo mayor que el del espíritu. La satisfacción del corazón dura menos, por cuanto se apoya sobre el sentimiento, que cambia más fácilmente. La verdadera alegría es la del espíritu, que consiste en el conocimiento sereno de la verdad.

Las almas groseras, los espíritus superficiales de nada se regocijan espiritualmente. Nunca experimentan verdadero deleite espiritual las almas que no se recogen, ni hay cosa que tanto se oponga al reinado de Dios en un alma. Preciso os es recogeros y hacer oración si queréis gustar a Dios y gozar de su presencia. Mas cuantas meditaciones hagáis serán ineficaces para proporcionaros la verdadera dicha, si no tienen la Comunión por base, pues lo único que en ellas sentiréis serán siempre los sacrificios que os cuestan. Jesucristo se ha reservado para sí el hacernos gustar el verdadero gozo. El alma que sólo rara vez comulga no da a Dios medio para morar en ella; aquélla, en cambio, que le recibe con frecuencia se pone más a menudo y por más tiempo en su presencia, le ve y le contempla con holgura, y así acaba por conocerle bien y ya desde entonces goza de El.

Mediante la Comunión gozamos de nuestro Señor en nuestro Señor mismo, de manera que en El tenemos las relaciones más íntimas, aquellas que verdadera y profundamente nos hacen conocer quién es; allí se nos manifiesta Jesús más completamente que en cualquier otra parte. La fe es luz; la Comunión es luz y afecto.

## II

Esta manifestación de Jesús por la Comunión abre nuestra mente y comunícale especial aptitud para ir conociendo más



y más las cosas de Dios. Así como los elegidos reciben las facultades de contemplar sin deslumbrarse la Esencia y la majestad divinas, así también Jesús aumenta en la Comunión nuestra facultad de conocer; y esto en proporciones tales que la diferencia es inmensa en una misma persona, según la veamos antes o después de la Comunión. Fijaos en un niño antes de su primera Comunión; apenas entiende las palabras, el sentido literal del catecismo. Pero después de la Comunión queda como transformado: no sólo comprende, sino que siente; tiene avidez de conocer mejor a Jesucristo. Decidle todas las verdades, que fortalecido y dispuesto está para entenderlas.

¿Cómo os explicáis este fenómeno? Antes de comulgar oís hablar de Jesucristo, le conocéis; se os habla de su cruz y de sus dolores, y no hay duda que esto os conmueve y hasta os entenece. ¡Pero cuánto más no se conmueve vuestra alma después de la Comunión! No puede hartarse; comprende con mucha mayor perfección. Antes de la Comunión contemplabais a Jesús fuera de vosotros; ahora le veis dentro con vuestros propios ojos.

Es el misterio de Emaús renovado. Iba Jesús instruyendo por el camino a sus dos discípulos; les explicaba las Escrituras. Su fe continuaba vacilando, por más que interiormente sintiesen cierta emoción. Pero no bien participan de la fracción del pan cuando sus ojos se abren y su corazón se ensancha. No bastó la voz de Jesús para manifestar su presencia; érales además necesario sentir su Corazón, darse cuenta de que comían el verdadero pan de la inteligencia.

### III

En segundo lugar, esta alegría del espíritu, este manifestarse Jesús mediante la Comunión, produce en nosotros el gusto de Dios, que es un sentimiento que nos introduce en las dulzuras de su corazón y en el santuario de su espíritu; este gusto nos lo da a conocer más por impresión que por raciocinio. Comunícenos una poderosa inclinación hacia la Eucaristía y hacia cuanto concierne al santísimo Sacramento; nos hace penetrar sin dificultad en Jesucristo. Casi resultan un misterio esta facilidad y esta inclinación que son fruto de la gracia especial de la Comunión. Tal es el espíritu de familia con Dios. ¿De dónde procede en una familia aquella unidad de sentimientos, de costumbres y de modo de obrar?

Del espíritu de familia, por el que todos sus miembros se aman unos a otros, el cual viene a ser el lazo de unión de la familia natural.

Por la Comunión entramos en el amor, en el corazón de nuestro Señor; nos apropiamos el espíritu de su amor, su sentido y su juicio. ¿No es acaso una gracia de recogimiento que nos hace penetrar en Jesucristo y comunicarnos con El de una manera íntima, la que en primer lugar nos concede la Comunión? Digo íntima. Lo que de la fe conoce quien no comulga es el vestido, el exterior de nuestro Señor. No se conoce bien a Jesucristo sino recibéndole, así como no se siente bien la dulzura de la miel sino gustándola. Entonces es cuando con un gran santo puede decirse: "Más me sirve una Comunión para conocer la verdad, la existencia y las perfecciones de Jesucristo, que todos los razonamientos posibles."

Tened bien presente que si sólo a fuerza de demostraciones de la razón hubiéramos de llegar al conocimiento de la verdad en general y de la de Dios en particular, no pasarían de unas cuantas las que conociéramos. Por eso ha puesto en nosotros un instinto que, sin razonar, nos hace discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso; nos ha dotado de simpatía y antipatía. Al trabajar para conocer a nuestro Señor, sentimos primero su bondad y de aquí pasamos a las demás cualidades más por contemplación, visión, instinto, que por razonamiento.

No deja de ser un defecto en que incurren muchas personas el querer razonar siempre en la acción de gracias, que es la oración por excelencia; al hablar demasiado, paralizan la acción de la Comunión. No es éste el momento de buscar, sino de gustar. Es el momento en que el mismo Dios nos instruye sobre sí mismo; *Et erunt docibiles Dei*. ¿Cómo da a conocer una madre a su hijuelo el amor y el ilimitado cariño que le profesa? Pues contentándose con mostrarle una y otra vez que le ama. Otro tanto hace Dios en la Comunión. Tened bien sabido que quien no comulga no conocerá nunca el corazón de nuestro Señor ni la extensión de su amor. Tan sólo por sí mismo puede darse a conocer el corazón; es preciso sentirlo, palpar sus latidos.

Ocurre a veces que no experimentáis sentimiento alguno de gozo espiritual en la Comunión. Aguardad. El sol se oculta, pero se encuentra entre vosotros; estad seguros de que lo sentiréis cuando sea menester. ¿Qué digo? ¡Si lo estáis sintiendo! ¿No tenéis paz y deseo de glorificar más a Dios?

¿Y qué otra cosa es esto sino el latir del corazón de nuestro Señor en vosotros?

#### IV

Finalmente, la manifestación de nuestro Señor en la Comunión deja al alma con la necesidad de su presencia y de su conversación. En nada puede hallar satisfacción quien ha llegado a conocer a nuestro Señor y a gozar de El; las criaturas la dejan fría e indiferente, porque las compara con Jesús. Dios ha dejado en ella una necesidad tal que nadie ni nada de lo creado puede satisfacerla.

Siente, por otra parte, un deseo continuo de Jesús y de su gloria. Caminar incesantemente, sin pararse a gozar del reposo de esta tierra, tal es su divisa. No suspira más que por Jesús, quien la lleva de claridad en claridad. Jesús es inagotable; imposible que quien le coma se harte o le agote; lo que desea es ir adentrándose cada vez más en los abismos de su amor.

¡Ah! Venid con frecuencia a gozar de nuestro Señor mediante la Comunión, si queréis comprenderle de veras.

¡Cuidado con abusar!, dirá alguno. ¿Por ventura abusan los escogidos gozando de Dios? No, no; nunca gozan demasiado. *Gustate!* Gustad al Señor y veréis; lo comprenderéis después de haber comulgado.

¡Qué desgracia que no nos crean! Se quiere juzgar a Dios sólo por la fe. ¡Gustad primero, luego juzgaréis! Si los incrédulos quisieran ponerse en las condiciones requeridas para recibir bien a Jesucristo, comprenderían mucho antes y mucho mejor las cosas divinas que con todos los discursos y todos los razonamientos. Por lo demás, el ignorante que comulga bien sabe hartos más que el sabio lleno de erudición que no comulga.

Resumiéndome, digo que en la Comunión se encuentra en grado sumo la felicidad de la inteligencia, y que tanto más feliz es uno cuanto más a menudo comulga. Dios es el único principio de la dicha, que fuera de El no existe, y para sí se ha reservado el dárnosla. Y es una fortuna el que tengamos que ir a Dios para encontrar la felicidad, porque de la suerte no nos entregamos a los hombres, ni ponemos en ellos nuestro fin. Ni el propio sacerdote podría haceros dichosos. Os hace, sí, participar de los frutos de la redención, os purifica de vuestros pecados y os da la paz de una conciencia pura; pero no puede comunicaros la dicha ni la alegría.

La misma María santísima, madre de misericordia, os volverá al buen camino, aplacará la cólera de su Hijo, irritado contra vosotros; pero sólo Dios os dará la alegría y la dicha. Ya lo dijeron los ángeles a los pastores: "Os anuncio una nueva de grandísimo gozo, y es que os ha nacido el Salvador Dios, que es la causa y el manantial del mismo."

¡Regocijémonos, pues! Ese mismo Salvador está aún sobre los altares para derramar en nuestros corazones, al venir a ellos, tanta alegría y felicidad cuanta nos sea dado soportar, en tanto llegue el inenarrable gozo de la Patria que nunca tendrá fin.



## LA COMUNION Y LA LEY DE AMOR

*Dabo legem meam in visceribus eorum et in corde eorum scribam eam.*

"Grabaré mi ley en lo más íntimo de su corazón".

(JER., XXXI, 33).

No sólo alumbra la Comunión nuestro entendimiento con una gracia especial y nos revela, antes por impresión que por razonamiento, cuanto es nuestro Señor, sino que viene a ser también, y principalmente para nuestro corazón, la revelación de la ley del amor.

La Eucaristía es por excelencia el sacramento del amor. Los demás sacramentos son pruebas de que Dios nos ama; no son otra cosa que dones de Dios. En la Eucaristía, en cambio, recibimos al autor de todo don, a Dios mismo.

Por esta razón en la Comunión aprendemos mejor a conocer la ley del amor que nuestro Señor vino a revelar; en ella recibimos la singularísima gracia del amor y practicamos mejor que en cualquier otro ejercicio la virtud del amor.

### I

Pero ante todas las cosas, ¿qué es el amor?—Es el don. Por eso, en la santísima Trinidad, el Espíritu santo, que procede como amor, es propiamente el *Don*.

¿En qué se reconoce el amor?—En lo que da.

Ved ahora lo que nuestro Señor nos da en la Eucaristía; todas sus gracias y sus bienes todos son para nosotros; se da a sí mismo, fuente de todo don. Por la Comunión participamos de los merecimientos de toda su vida; al recibirle, fuerza es reconocer que nos ama, porque recibimos un don total y perfecto.

¿Cómo comenzasteis a amar a vuestra madre? Había en vosotros un germen, un instinto de amor; pero dormía sin dar señales de vida. Despertólo el amor de vuestra madre; ella os ha prodigado cuidados y sufrimientos, os ha alimentado con su substancia; y, en este generoso don, habéis reconocido su amor.

Pues lo mismo nuestro Señor, al dárseos por entero a cada uno en particular, irrefragablemente os demuestra que os ama personalmente y de un modo infinito. Porque por vosotros está en la Eucaristía y todo entero por cierto. Bien es verdad que también gozan de El los demás, pero a la manera como se aprovechan del sol, sin impedir por eso que también disfrutéis cuanto queráis de sus rayos.

¡Ved ahí la ley del amor grabada por Dios mismo en vuestros corazones mediante la Comunión! “Ya en otro tiempo dijo Dios: “Ya no escribiré mi ley sobre tablas de piedra, sino en vuestros corazones con caracteres de fuego.” ¡Ah, el que no conoce la Eucaristía, tampoco conoce el amor de Dios! Sabrá a lo sumo algunos de sus efectos por el estilo del mendigo que reconoce la liberalidad del rico en las pocas piezas de moneda que recibe. En la Comunión, al contrario, vese el cristiano amado hasta donde puede ser amado por Dios, por todo su divino ser. Si queréis, por tanto, conocer realmente cuánto os ama Dios, recibid la Eucaristía y miraos luego a vosotros mismos; no es necesario que busquéis más testimonios.

## II

La Comunión nos da la gracia del amor.

Hace falta una gracia especial para amar a Dios con amor de amistad, y al venírsenos Jesús nos la trae al mismo tiempo que pone en nosotros el objeto de este mismo amor, que no es otro que El mismo. Nuestro Señor no pidió antes de la cena a sus apóstoles que le amaran como El los había amado; tampoco les dijo: “Permaneced en mi amor.” Era demasiado para ellos entonces; no lo hubieran comprendido. Pero, cuando hubieron cenado, no se contentó con decirles: Amad a Dios, amad a vuestro prójimo, sino que les dijo también: Amad con amor de hermanos, familiarmente; con amor que sea vuestra vida y la norma de la misma. *Non jam dicam vos servos, sed amicos meos.*

Si no comulgáis, podréis, sí, amar a nuestro Señor como a vuestro creador, redentor y remunerador; pero jamás llegaréis a ver un amigo en Jesús. La amistad se apoya sobre cierta unión e igualdad, cosas ambas que respecto de Dios no se encuentran más que en la Eucaristía. ¿Quién se atrevería a llamarse amigo de Dios y tenerse por digno de particular afecto de su parte? Sería un insulto el que un criado tratara como amigo a su amo; para eso hace falta que éste

le confiera el derecho a una amistad, siendo el primero en darle este nombre. Pero habiendo Dios mismo venido a sentarse en nuestro hogar y a formar con nosotros una sociedad de vida, de bienes y de merecimientos; habiéndose El adelantado de la suerte, ya no es atrevimiento exagerado el llamarle amigo. Bien lo dice nuestro Señor después de la cena a sus apóstoles: “Ya no os llamaré siervos.” ¿Cómo, pues, los habéis de llamar, Señor? ¿Será gloria de Dios, fuerza de Dios o medicina de Dios, como a los arcángeles? No, mucho más que todo eso; os llamaré amigos. Sois amigos míos, porque cuanto he recibido de mi Padre os lo he dado; sois amigos míos porque os he confiado el regio secreto.

No se ha de contentar con esto, sino que se aparecerá a Magdalena y le dirá: “Vete a anunciar a mis hermanos...” ¿Cómo! ¿A sus hermanos?... ¿Cabe hacer algo más? ¡Y eso que los apóstoles no habían comulgado más que una vez! ¿Qué será de los que, como nosotros, le hemos recibido tan a menudo?

¿Quién tendrá ahora miedo de amar a nuestro Señor con el más tierno cariño? Que tembléis antes de la Comunión al pensar en lo que sois y a quien vais a recibir, bien está; necesitáis entonces de su misericordia.

Pero después, ¡alegraos! Ya no hay lugar para el miedo. Hasta la humildad debe habrir paso a la alegría. Ved qué alegría nuestra Zaqueo cuando nuestro Señor acepta su hospitalidad. Pero ved también cómo le enardece esta recepción: dispuesto está a sacrificarlo todo, a reparar diez veces todos los daños causados.

Cuanto más comulgáis, tanto más se inflammará vuestro amor y se dilatará vuestro corazón, y vuestros afectos serán tiernos y encendidos, porque su foco será más intenso. Jesús deposita en nosotros su gracia de amor; El mismo viene a encender en nuestros corazones el foco de incendio, lo mantiene con frecuentes visitas y da expansión a esta llama devoradora; en verdad que es el carbón ardiente que nos abrasa; *carbo qui nos inflammat*. No se apagará este fuego, si no lo queremos, porque tiene un foco alimentado, no por nosotros, sino por Jesucristo mismo, quien le comunica su fuerza y acción; no lo sofoquéis voluntariamente con el pecado, y nunca jamás se apagará.

Pobres cristianos que comulgáis sólo una vez al año, ¿qué podéis sólo con eso? Poned esa vuestra pequeña llama en contacto más frecuente con el horno; hacedlo todos los días



si es menester. ¿Cómo creéis que vais a arder si no alimentáis vuestro foco?

### III

La Comunión os hace ejercitar la virtud del amor. Sólo en la Comunión se ejercita plenamente el verdadero y perfecto amor. Apágase el fuego que carece de expansión. Queriendo nuestro Señor que le amemos y viendo lo incapaces que somos de hacerlo, pone en nosotros su propio amor, viene a amar en nosotros. Trabajamos entonces sobre un objeto divino. Ya no hay paso ni transición alguna. Inmediatamente nos encontramos en la gracia y el objeto del amor. Por eso nuestros movimientos de amor son mejores y más ardientes durante la acción de gracias; es que estamos más cerca del que los forma. Expansionaos entonces con nuestro Señor y amadle tiernamente.

No andéis tanto en busca de actos de tal o cual virtud. Haced más bien crecer a nuestro Señor, dilataos, formad con El sociedad en la que El mismo sea el fondo de vuestro negocio espiritual; vuestras ganancias serán así dobles, porque habrá doblado el fondo. Lograréis un beneficio mucho mayor trabajando con nuestro Señor y sobre El que, si multiplicando los actos sobre actos, tratarais tan sólo de aumentar las virtudes.

Recibid a nuestro Señor y guardadle todo el tiempo que podáis, dejándole amplia libertad. Hacer que nuestro Señor se encuentre a sus anchas en vosotros, tal es el ejercicio más perfecto del amor. Bueno es, no cabe dudarlo, el amor penitente y sufrido, pero encoge el corazón y lo abruma con la perspectiva de los sacrificios que incesantemente hayan de soportarse. Mientras que de este otro modo el corazón se hinche de gozo en la más franca y entera expansión, se abre y dilata.

El que no comulga no comprende este lenguaje; échese un poco en este divino fuego y lo comprenderá.

No; no basta creer en la Eucaristía; es menester obrar conforme a las leyes que ella impone. Y pues el santísimo Sacramento es, por encima de todo, amor, la voluntad de nuestro Señor es que participemos de este amor y en él nos inspiremos. Hemos de humillarnos, es verdad; pero que sea el amor, o cuando menos el deseo de amarle realmente el que nos domine. Deseemos dilatarnos en su corazón; démosle muestras de cariño y ternura y sabremos entonces hasta dónde llega el amor de la Eucaristía.



## EL SACRAMENTO DE LA BONDAD DE DIOS

*In funiculis Adam traham eos  
in vinculis caritatis.*

“Con cuerdas de Adán los  
traeré, con vínculos de caridad”.  
(Os., XI, 4).

### I

ESTÁ fuera de duda que la Eucaristía hace sentir al alma que la recibe dignamente una dicha y dulzura que no se encuentra sino en la recepción de este sacramento. ¿Por qué tendrá Dios tanto empeño en regalarnos con su dulzura? Pues porque sólo una cosa puede hacernos cobrarle cariño: su bondad. No hay simpatías entre los que no son iguales; los poderosos se ven rodeados de envidiosos, y los reyes no tienen amigos si no se rebajan para buscarlos. Ante la omnipotencia divina temblamos. Tampoco su santidad nos inspira cariño. Amamos a Dios a causa de su bondad, porque sabemos que quiere salvarnos y que desciende hasta nuestra bajeza; los misterios de la vida de nuestro Señor que más avivan nuestro amor son aquellos en que nos muestra una bondad más tierna y expansiva. Solamente la bondad de Dios puede unirnos con El de modo perseverante. ¿Cuándo vemos a nuestro Señor adorado en la tierra con mayor amor?

Adóranle los magos en el pesebre porque en él se muestra en extremo amable. El ciego de nacimiento quiere seguir a Jesús movido del amor que le ha manifestado. Magdalena ve que le ha perdonado los pecados, y su corazón se abrasa con fuego que no ha de extinguirse. ¡Tanta bondad le mostró nuestro Señor!... Sí, es cierto que no se pega uno más que a la bondad. Por eso la Iglesia, que tan bien siente las cosas divinas, dice en una de sus oraciones: *Deus cujus natura bonitas*... Oh Dios, cuya naturaleza es bondad... ¡Pero cómo! ¿No son acaso esenciales a Dios todos sus atributos? Ciertamente; pero acá abajo y en cuanto a nosotros hombres, la naturaleza de Dios es ser bueno: *Deus cujus natura bonitas*.

## II

Esto sentado, deberemos amar más a nuestro Señor allá donde mayor amor nos mostrare. ¿Y en el santísimo sacramento, en la Comunión, la bondad de nuestro Señor no se manifiesta con claridad más meridiana? Dice el concilio de Trento que en este sacramento ha derramado Dios con profusión las riquezas de su amor. *Divitias divini sui erga homines amoris effudit*. Es el colmo de su amor, lo más que Dios puede hacer es darse a sí mismo. Mediante la comunión recibimos a Jesucristo como Dios y como hombre, con todos los merecimientos de su vida mortal y de sus estados todos; recibimos la redención y todos sus frutos, hasta una prenda de la futura gloria. Recibimos la mayor suma de felicidad que Dios pueda darnos en esta tierra.

Esta felicidad la sentimos nosotros, y aun es necesario que la gustemos; sin el regalo de la unión con Dios es, por regla general, difícil conservar el estado de gracia.

La penitencia crea en nosotros el estado de gracia: nos cura; pero es un remedio violento, una victoria que se paga cara y nos deja con el cansancio de la lucha. No basta para mantenerla mucho tiempo este sacramento que nos devuelve la vida; si nos contentamos con él no saldremos de la convalecencia.

Lo que hace falta para dotarnos de la plenitud de la vida, para hacer de nosotros hombres, es la Comunión, que es un bálsamo, un calor suave y benéfico, la leche del Señor, según expresión del profeta: *Ad ubera portabimini*. Recibida después de la penitencia, la Eucaristía nos devuelve la paz plenamente. De la boca misma de nuestro Señor necesitamos oír estas palabras de aliento: Id y no pequéis más; palabras que brotan de su corazón y caen como celestial rocío en el nuestro, aún ulcerado y dolorido.

La Comunión engendra constancia. Nada hay tan desalentador como un largo camino por recorrer, y tentación ordinaria de los principiantes es decir: Nunca podré yo perseverar tan largo tiempo. Si queréis perseverar, ¡recibid a nuestro Señor!

El que comulga puede conservarse en estado de gracia para el cielo; pero ¡cuán lejos está el cielo! ¡Qué fe no se necesita para tener fijos los ojos en él desde tan lejos!

Así la vida de la fe resulta un sacrificio continuo, un combate sin tregua ni refrigerio: falta una fuerza actual que

aliente. Se parece uno a un viajero alejado de su país, a quien lo largo del camino lleva al desaliento. Resulta difícil conservar durante largo tiempo el estado de gracia cuando no se comulga sino raras veces, y aun cuando se conserva, no suele ser muy puro ni hermoso; el polvo que se le pega lo deslustra. Enséñalo la experiencia.

Pero si se comulga, ¡cuánto más fácilmente no se conserva en toda su pureza el estado de gracia! Si lo conservamos cuidadosamente, no es para un fin remoto, sino para mañana, para hoy mismo. Sabemos que es el vestido de honor, el derecho de entrada al banquete, y por amor se evita el pecado para no vernos privados de la Comunión. La Comunión viene de esta suerte a ser una muralla segura contra el pecado, gracias a la cual podemos evitarlo con facilidad hasta la muerte. Hablo del pecado voluntario.

¿Cómo podría consentir en la tentación un alma que comulga cada día y toma a pechos el hacerlo? Sabe muy bien que el pecado la privaría de lo que tanto desea; mira a la Comunión que ha de hacer y ella la sostiene, la alienta y la impide caer.

Confieso que no llego a comprender el estado de gracia sin la Comunión frecuente.

Tal es, por otra parte, el espíritu de la Iglesia, la cual, por voz del concilio de Trento, nos estimula a comulgar cada día. Hay quienes pretenden que en esto hace falta mucha prudencia; que en teoría la Iglesia tiene indudablemente razón, pero que prácticamente hay que hacer poco uso de este consejo. Basta, según ellos, con que los fieles en general comulguen en las grandes festividades. A esto hemos de contestar que la Eucaristía, tomada a tan grandes intervalos, no es más que un alimento extraordinario. Y ¿dónde está el alimento ordinario, el pan de cada día de que necesito para sostenerme? ¿Cómo he de mantener en mí el amor de Dios, que constituye la vida y el mérito de las virtudes cristianas?

Pregúntase, ¡ay!, a veces cómo ha perdido Europa la fe. Por no comulgar nunca o casi nunca. El jansenismo ha apartado de la sagrada Mesa a los fieles, quienes han perdido así el sentido de Jesucristo, el sentido de la fe y del amor; quedan como aletargados y paralizados; caen de inanición. ¿Cómo volverlos a la fe? Dándoles el pan substancial que les presenta la Iglesia, haciendo que de nuevo cobren fuerzas en el foco eucarístico, poniéndolos bajo la influencia del sol vivificador. Muchos libros y razonamientos se hacen con objeto de que los pueblos vuelvan a la fe; pero

la fe no es tanto cosa de razonamiento como efecto de la gracia: id a buscar ésta en su manantial, en la sagrada mesa.

La Comunión vuelve, por consiguiente, amable el estado de gracia y asegura la perseverancia porque su fin próximo y directo viene a ser Jesucristo. La Comunión hace que las virtudes sean constantes y fáciles de practicarse, porque alimenta nuestro amor de Dios; les comunica dulzura y amabilidad al proponerles un fin vivo y animado. Nunca exhortaremos bastante a la Comunión frecuente. No se trata de un abuso. ¿Abusa acaso el niño que visita a su padre y constantemente le rodea? Otro tanto ocurre con el alma fiel respecto de nuestro Señor.

Preparémonos para el paraíso mediante la Comunión. Allá se recibe perpetuamente a nuestro Señor, y de su conocimiento y amor se vive. Comulguemos bien acá abajo para disponernos a hacerlo asimismo bien en el cielo: la Comunión recibida a menudo y con las debidas disposiciones es la prenda segura de la salvación eterna.



## EL SACRAMENTO DE VIDA

*Nisi manducaveritis carnem  
Filii hominis et biberitis ejus  
sanguinem, non habebitis vitam  
in vobis.*

“Si no coméis la carne del  
Hijo del hombre y no bebéis su  
sangre, no tendréis la vida en  
vosotros.”

(JOANN., VI, 54).

**L**A encarnación es una segunda creación, en sentir de todos los Padres: en Jesucristo hemos sido creados de nuevo y rehabilitados; en El hemos recuperado la vida y la dignidad: *Recreati in Christo Jesu*.

Lo que se ha dicho de la encarnación puede también decirse de la Eucaristía, que no es más que extensión de aquélla. Veamos cómo recuperamos en la Eucaristía la vida, la vida divina que el pecado original destruyó en la humanidad.

Jesucristo ha dicho: “El que me coma tendrá la vida. Si no coméis la carne del Hijo del hombre ni bebéis su sangre, no tendréis la vida en vosotros.” Pero ¿no nos da la vida divina el bautismo que nos hace hijos de Dios? ¿No nos la devuelve acaso la penitencia cuando hemos tenido la desdicha de perderla por el pecado? ¿Qué pueden, por tanto, significar estas palabras que nuestro Señor apoya con juramento? No parece sino que en este punto hay una contradicción en la doctrina católica. Nada de eso, sin embargo. La Eucaristía es el sacramento de vida, porque nos comunica la perfección de la vida, porque nos da la vida en su pleno desenvolvimiento. El niño recién nacido tiene vida a no dudarlo; el enfermo que acaba de salir de una enfermedad la tiene también; pero si al niño le dejáis sólo, si no dais al convaleciente remedios y alimentos con que recobrar fuerzas, no tardará el uno en perder la vida de que apenas comienza a disfrutar y el otro a tener una recaída más profunda. El bautismo y la penitencia, que nos dan la vida, no bastan para mantenerla; nuestro Señor, al resucitar a la hija de Jairo, mandó que le diesen de comer; la vida y la alimentación que la sostiene son dos cosas que no pueden separarse; es necesario comulgar si no se quiere ir desfalleciendo siempre; y

¿cómo podría un cristiano vivir vida de ángeles? Claro que podemos merecer y trabajar para el cielo tan pronto como entramos en estado de gracia; pero para hacerlo por largo tiempo resulta necesario este manjar de los fuertes. No hay medio que así pueda darnos fuerzas suficientes para sostener el rudo combate de cada día.

La oración, por buena y necesaria que sea, os cansará; y, si la Comunión no la sostiene, acabaréis por abandonarla.

Para vivir de penitencia y adelantar en este estrecho y crucificante sendero de la muerte a nosotros mismos, es menester que obedezcamos a un impulso divino, que no es otra cosa que la presencia de Jesucristo constantemente renovada en nuestro corazón.

El ejemplo de los anacoretas, que vivían en el fondo del desierto, parece a primera vista echar por tierra esta afirmación; pero téngase presente que los anacoretas iban al monasterio a comulgar todos los domingos. Y por cierto que tenían más necesidad que otros para progresar en su santo estado. Siento como principio que cuanto más santa sea la vida que queramos llevar, cuanto más puros queramos ser, tanto más grande e imperiosa es la necesidad de comulgar a menudo. Pues mucho habéis de trabajar, comed también mucho. No consideréis la Comunión sino como medio de sustentaros y de adquirir fuerzas. No es un acto de elevada y difícil virtud, ni se os propone como premio de vuestras virtudes; habéis de comulgar para haceros santos, no porque lo seáis ya. Tal es el principio.

Comulgad porque sois flacos y os abaten los trabajos de la vida cristiana; Jesucristo os llama a comulgar de esta manera: “Venid a mí todos los que estáis agobiados de cansancio, que yo os aliviaré.” Si alguna vez no nos da descanso la Comunión ni nos restablece, ello es debido a que la hacemos consistir en un acto de virtud difícil, nos esforzamos en mil actos fatigosos; en una palabra, trabajamos en lugar de alimentarnos y descansar. Recibid a nuestro Señor y descansad. ¿Por qué tanta agitación? No se va a un banquete para tratar de negocios; saboread el celestial alimento, y pues coméis el pan de los ángeles, quedaos un poco en contemplación como ellos. No tomáis tiempo para gustar de nuestro Señor, ¡y luego os retiráis inquietos por no haber experimentado nada! Imitad al cartujo que se acuesta al pie del altar durante la acción de gracias. Hay almas buenas que dicen: No me aprovecha la Comunión porque no siento nada en ella. Mal discurrido. Aprovecháis, puesto que vivís. La

señal de una buena Comunión no es necesariamente el hacer actos heroicos de virtud ni sacrificios en extremo costosos. La Eucaristía es fuerza y dulzura. Así es como se la figura en todo el antiguo testamento; ora es un pan que encierra todo deleite; ora un misterioso pan ofrecido a Elías desanimado, que le da fuerzas para continuar el camino; ora una nube que refrigera durante el día y da luz y calor durante la noche. Lo mismo es la Eucaristía. Si os faltan fuerzas, ella os las da; si andáis cansados, ella os descansa: es esencialmente un socorro proporcionado a las necesidades de cada cual.

La conclusión que de todo lo que hemos dicho hay que sacar es ésta: Si queréis ser fuertes y rebosar de vida, cosa que os es muy necesaria, comulgad. “El que cree en mí se salvará”, ha dicho el Señor; pero hablando de la Eucaristía dice: “El que me coma tendrá la vida.” Rebosará de vida: la Eucaristía no es sólo un filón, sino manantial, río, océano de vida; es una vida que se alimenta por sí misma y que dura siempre, con tal que se la quiera tomar; es la vida del mismo Jesucristo, vida de amor que no muere en tanto se ame, y el que vive de acción de gracias tiene en sí la verdadera vida de Jesús. Materialmente, poco tiempo queda nuestro Señor en nuestros corazones por la Comunión; pero se prolongan los efectos de la misma y su espíritu permanece; las sagradas especies son como la envoltura de un remedio que se rompe y desaparece, para que el remedio produzca en el organismo sus saludables efectos.

No alcanzo a comprender cómo pueda uno conservarse puro en el mundo sin comulgar; por eso se adelanta tan poco. Hay personas piadosas que dicen: No tengo necesidad de comulgar a menudo; me siento tranquila. ¡Oh, demasiado lo estás! Esa calma trivial presagia tempestades. No admires tus pequeñas virtudes; no te fíes de tu paz; no te apoyes tanto en ti misma; mira por tu adelantamiento, y para eso comulga con frecuencia. Hay que seguir en esto, es cierto, el consejo del confesor; pero bien podéis exponerle vuestros deseos y vuestras necesidades. El con su prudencia juzgará.

Mas desgraciadamente hay muchos que teniendo permiso para comulgar, se dispensan de hacerlo so pretexto de cansancio, malestar o falta de devoción. Ahí se oculta un ardid del demonio; y si una vez cedéis, todos los días os irán obsesionando los mismos pretextos.

Obrar así es cometer una falta de cortesía para con nues-

tro Señor; es una injuria, una grosería. El permiso del director es invitación del mismo Jesucristo, ¡y vosotros la rechazáis! De esa comunión omitida se os pedirá cuenta, como se pidió al siervo infiel del evangelio por haber enterrado el talento que recibiera.

Animo, pues; id a menudo a fortaleceros en la sagrada mesa, de la que sacaréis vida fuerte y activa. Crezca esta vida en vosotros, hasta tanto que Dios la tranforme en otra de eterna bienaventuranza.



## LA REHABILITACION POR LA COMUNION

*Deus, qui humanae substantiae dignitatem mirabiliter condidisti et mirabilius reformasti...*

“¡Oh Dios, más admirable en la restauración de la naturaleza humana que en la creación de la misma!...

(MISAL ROMANO)

**J**ESÚS instituyó la Eucaristía para rehabilitar al hombre. Porque el hombre fué degradado, envilecido por el pecado original; olvidóse de su celestial origen y perdió la dignidad del rey de la creación; llegó a ser semejante a las bestias que hubiera debido gobernar y se ha visto arrojado en medio de ellas, que huirán de él o le atacarán, según sean fuertes o débiles; el pecado ha trocado a su dueño en su más mortal enemigo. Será el hombre su rey por naturaleza, pero un rey destronado.

Privado así de su dominio, el hombre se degradará aún más vergonzosamente por el pecado voluntario, bajando al nivel de los brutos: tan próximos a la bestia se sentían los idólatras a causa del pecado, que acabaron por hacer de la misma un dios ante el cual se postraban como viles animales. El hombre creía estar envilecido hasta tal punto, que sentía cierta necesidad de adorar a seres que no le avergonzaran; en cuanto a Dios, huía de El y no se atrevía a mirarle. Pero ved la divina invención, bien admirable por cierto. Como se avergonzaría el hombre si Dios le llamase en su miserable estado, Dios mismo se pone a rehabilitarle y hacerle digno de respeto; y como quiera que el comer y el vestir son las dos cosas que más aproximan a los hombres entre sí, Dios les cambia estas dos cosas dándoles un vestido y un manjar divinos. Así se verifica la rehabilitación.

De esta suerte el bautismo purifica a los hijos de Adán, las virtudes les dan hermosura y la Eucaristía los deifica. Con tantos honores el hombre se siente muy encumbrado. En realidad, Jesucristo reviste de su cuerpo al sacerdote; *de suo vestiens sacerdotes*, dijo Tertuliano: El sacerdote es otro Jesucristo; de El se alimenta; su voluntad es la de Jesucristo: es nuestro Señor aún vivo. Cuantos fieles comulgan

participan también de este beneficio; el cuerpo que por la Comunión se ha unido con el salvador es sumamente digno de respeto; tentado se ve uno a postrarse ante quien ha comulgado y adorarle. ¿Por qué venera la Iglesia con tanta piedad las reliquias de los santos sino porque ellos recibieron a Jesucristo y sus miembros estuvieron incorporados con El, sino porque fueron miembros de Jesús? Yendo aún más lejos, digo que la Comunión nos eleva por encima de los ángeles, si no en naturaleza, al menos en cuanto al honor. ¿No llegamos a ser, recibéndole, parientes de Jesucristo, otros Cristos? Los ángeles no son más que ministros suyos ¡y qué respeto no nos tienen y cómo nos honran comulgando! He aquí cómo la Comunión nos hace más grandes de lo que fuéramos sin el pecado original. De haber sido inocente, el hombre sería siempre inferior al ángel, en tanto que el regenerado y hecho consanguíneo de Jesucristo mediante la Eucaristía, puede ocupar en el cielo un trono más elevado que los espíritus celestiales. Y cuanto más comulguemos, tanto más refulgente será nuestra gloria en el cielo, porque cada Comunión va aumentando el resplandor de nuestra corona.

¿Por qué será que ciertas personas, un sacerdote, por ejemplo, nos inspiran a primera vista algo así como religioso respeto? ¡Ah! Porque en ellos reconocemos a Jesucristo; Jesucristo se trasluce desde el fondo del corazón por todo su exterior, a guisa de la violeta, cuyo perfume se respira antes que se la vea. Más aún: paréceme que si nuestro Señor no reprimiera su gloria en los comulgantes, éstos brillarían como soles. Ocúltala para poner a cubierto nuestra humildad, aunque así y todo aquélla transparéntase lo bastante. La vecindad de un santo sosiega y hace bien.

Escuchad ahora esto: Toda alma tiene en esta tierra para con otras una misión salvadora, y para llevarla a cabo le hace falta cierta autoridad, proporcionada al fin que ha de conseguir. Esta autoridad moral se saca de la Comunión y sólo de ella: no se resiste a quien tiene a Jesucristo en sí y así lo hace sentir en su lenguaje como en sus actos. Un sacerdote que rara vez dice Misa tiene su misión como los demás, pero nunca tendrá la autoridad propia de su misión: ese ascendiente sobre los corazones, que los arrastra en pos de sí y los convierte, sólo de Dios procede. Obedecemos sin dificultad a los santos, porque son una imagen más acabada de Jesucristo; les obedecen hasta los animales; y si los santos han convertido reinos y aun mundos no ha sido por sus propias fuerzas, sino porque Jesucristo, a quien habían

recibido en la Comunión, salía de su corazón entre ardientes llamas. ¡Es que los santos sabían recibir y guardar a Jesús y hacer que sirviera para gloria de su Padre!

Ciertamente, bien rehabilitado en su dignidad queda el hombre con la Comunión. ¡Oh, sí, venturosa culpa!, *o felix culpa!* Vosotros, que estáis degradados y vestidos de pieles de animales en castigo de vuestro orgullo, revestidos, por tanto, de animales en castigo de vuestro orgullo, revestíos, por tanto, de nuestro señor Jesucristo. En la sociedad humana, el vestido da la medida del mayor o menor respeto; por eso se llevan exteriormente las insignias de la dignidad. Revestíos asimismo de Jesucristo, que llevando este vestido de gloria seréis honorables y honrados; así tendréis autoridad en torno vuestro, y una autoridad honrada y amada, que es la única que pueda ejercer una influencia saludable. Zaqueo, que, como publicano, era despreciado, recibe a Jesús y al punto le proclama nuestro Señor hijo de Abrahán e impone silencio a los calumniadores. También vosotros sois ennoblecidos por la Comunión, y vuestras casas, adonde lleváis a Jesucristo, son dignas de respeto y de honor.

Ved ahí la rehabilitación de nuestra dignidad. Bien sé que no se nos vuelve a colocar en el paraíso. ¡Quede enhorabuena cerrado ese paraíso! La Eucaristía es el paraíso, el delicioso jardín donde Dios se entretiene con el alma fiel: si me ofreciera el paraíso terrenal a cambio de mi condición actual, lo rehusaría; sí, a pesar de todas mis miserias, no lo aceptaría, por guardar la Eucaristía. En fin de cuentas, esas miserias no son pecados. Y con un poco de pan tan substancial, fácilmente se soportan; en amando no hay cansancio, o si lo hay, se ama este cansancio.

Vosotras en especial, mujeres cristianas, dad gracias a nuestro Señor por haberos honrado tanto, cuando en el paganismo no eráis más que esclavas y máquinas para el uso del hombre. En la Comunión, que recibís con igual derecho que el hombre, radica vuestro título de nobleza; únicamente de la Comunión, que honra vuestros cuerpos y los junta con el Verbo hecho carne, deriva vuestro honor; la Eucaristía os pone en las condiciones de María. Tenéis el derecho, concedido por Dios mismo, de sentaros en el divino banquete. ¡Desdichados de vuestros esposos si os impiden disfrutar de este honor! El día que no comulguéis, volveréis a caer en la misma abyecta condición de la que la Comunión os ha sacado. De ella procede vuestra grandeza; no veo otra causa. En los tiempos que corren invéntanse qué sé yo cuántas co-

ronas de virtud y de otras cosas para la mujer; se proclaman sus derechos y se pide su emancipación. ¡Ah! Sea vuestra corona la gloria de recibir a Jesucristo; vuestros derechos, la entera libertad de acercaros siempre a El, y vuestra gloria, la de uniros con Jesucristo sacramentado, esplendor del Padre, por quien y de quien toda verdadera gloria tiene su brillo. Quiera Dios que le poseáis en toda su plenitud en la mansión eterna.



## LA COMUNION, SACRAMENTO DE PAZ CON DIOS

*Dicite pusillanimis: Confortamini et nolite timere...*

"Decid a los apocados de corazón: Alentaos y no temáis".  
(Is., xxxv, 4)

**I**NSTINTIVAMENTE el hombre pecador teme a Dios. No bien cede al demonio cuando va a ocultarse huyendo de la mirada del creador; no osa contestar a su voz.

Tan natural es este sentimiento de temor cuando se obra mal, que hasta el niño vacila, a pesar del cariño de su madre, acercársele cuando le desobedece. El criminal que huye de la justicia humana está poseído de este sentimiento, hasta el punto de manifestarse en su rostro y bastar para convencerle de su culpabilidad.

Lo mismo y, aun más, sucede para con Dios. ¿Creéis acaso que el pecador empedernido no permanece en pecado más que por orgullo? No; nada de eso. Tiene miedo de Dios, y cuanto más culpable sea tanto mayor es su espanto. Podrá sumergirse en el cenagal de sus crímenes y cometer exceso sobre exceso; lo que eso demuestra es su miedo. ¿Qué otra cosa es la desesperación sino la falsa persuasión de que no se hallará perdón y que será necesario caer en las manos del tremendo juez? Y los que no quieren venir a la iglesia tienen también miedo de nuestro Señor; y si alguna circunstancia les obliga a entrar alguna vez en ella, tiemblan y les falta sosiego. El pecador tiene miedo de sí mismo; no puede vivir con su corazón y su conciencia; a sí mismo se infunde miedo. Por eso se aturde y huye de sí.

La sagrada Escritura nos muestra este sentimiento dominando hasta tal punto en el hombre, que los mayores santos temblaban cuando se les mostraba Dios o les hablaba por medio de algún ángel. La misma Virgen santísima, con ser tan pura, tembló delante del ángel.

El temor dominaba a la humanidad.

Cuatro mil años pasó Dios en preparar la aproximación del hombre, la cual no había de consumarse más que por la Eucaristía. La encarnación es ya un gran paso en esta obra de familiarización, pero no basta. Jesús no nos muestra su

bondad más que durante treinta y tres años; puede decirse que si nos hubiera privado de su presencia, pasado breve tiempo seríamos tan tímidos como los judíos antes de su venida.—¿No hubiera bastado la encarnación, obra de salvación, monumento magnífico del amor y del poder de Dios, para establecer entre el Creador y la criatura la confianza de amigos? No; la amistad requiere personales y constantes relaciones.

Nuestro Señor instituye, pues, la Eucaristía, y por medio de este Sacramento penetra en nuestro pensamiento y en nosotros, se pone en nosotros y a nuestro lado; continúa y perfecciona su obra de familiarización. Ocúltanos su gloria y se nos muestra disfrazado de amigo, ni más ni menos como si un rey se vistiese como un pobre, y sentándose a su mesa le dijera: Soy de tu familia; trátame como a uno de los tuyos. Pero ¿qué digo? Es muy otra cosa en realidad. Jesucristo se hace pan. ¡oh! ¿Quién tendrá miedo de un grano de trigo? ¿Podría Dios excogitar mejor medio para encubrir su Majestad?

## II

Ved cuán fáciles y amables se tornan nuestras relaciones con Jesucristo. Como se oculta en la Eucaristía, podemos acercarnos y oír su divina palabra. De no ser así, una palabra de su boca llenaría de espanto al mundo, como en el Sinaí; una palabra de amor que dijera nos abrasaría y nos consumiría; una palabra de amenaza nos aniquilaría.

Si Jesús no velara sus virtudes en la Eucaristía y no las pusiera, por así decirlo, a nuestro alcance, desesperaríamos de poder llegar a imitarlas. Pero ocultándolas y tomando más bien las apariencias de un muerto que obedece con obediencia material, nos alienta a imitarle, de igual modo que balucea la madre y da pasitos para que su hijuelo pueda aprender a hablar y andar.

Bien, pudiera darse de la Eucaristía esta definición: Jesús domesticando al hombre con Dios.

Mas ¿cómo describir los misterios de íntima unión que Jesucristo obra con nosotros en la Comunión? La amistad requiere unión; sin ésta no cabe perfecta confianza. Por eso, quiere Jesús unirse personalmente con nosotros. “Muéstrame tu faz”, decía con santa audacia Moisés a Dios. Dios se niega a ello al principio. Mas como Moisés insiste y conjura, Dios ya no puede resistir a tanta confianza. Pero para

que el resplandor de tal gloria no consuma a Moisés, le da orden de que se quede a cierta distancia, y no hace más que pasar delante de él. Moisés vió un rayo de la majestad divina, un rayo nada más; pero eso bastó para que quedara tan resplandeciente que en el resto de su vida llevó en la frente una señal luminosa.

Si Jesús nos mostrara su gloria en la Eucaristía, nos ocurriría lo que a Moisés. ¿Qué sería de la amistad, de la intimidad? ¡Pocas ganas de hablar ni de abrir el corazón tenía Moisés deslumbrado! Y lo que interesa a nuestro Señor es la amistad; quiere que le tratemos como a amigo, y con este objeto se pone bajo las apariencias de pan. Así nadie tiembla; se ve una cosa que todos están acostumbrados a ver desde niños: pan. Ante esto no se puede menos de cobrar alientos para hablar con el corazón abierto; nuestro Señor nos sorprende.

Zaqueo no se había atrevido a hablar a Jesucristo. Quería tan sólo verle, cuando nuestro Señor le sorprende llamándole por su nombre. Zaqueo obedece y se siente del todo mudado por tanto amor. Ya no repara en que no ha sido más que un miserable pecador; hecho un acto sincero de humildad, recibe a Jesús en su casa y goza sin temor alguno de su presencia.

Si Jesús nos enviara un ángel para anunciarnos y traernos la Comunión, en lugar de vernos gratamente sorprendidos, como en realidad sucede, temblaríamos de puro espanto mucho tiempo antes de recibirla. Para poder saborear nuestra dicha en la Comunión es menester que seamos sorprendidos y lo somos. Nuestros ojos no ven más que débiles apariencias, una humilde forma: ahí está la gracia por excelencia; si así no fuera, nos veríamos demasiado turbados al comulgar.

Bueno es sentirse conmovido, pero no turbado. La emoción nos hace pensar más en Aquel a quien vamos a recibir y menos en nuestras propias miserias.

Sintámonos, pues, felices por esta admirable invención de Dios para con nosotros. La Eucaristía hace que Dios esté presente y la Comunión nos introduce en su familiaridad.

¡Oh, sí, feliz culpa! En el estado de inocencia Dios era señor y dueño; ahora es nuestro amigo, nuestro comensal y nuestro manjar. *Conviva et convivium.*



## LA COMUNION, MANANTIAL DE CONFIANZA EN DIOS

*Confidite, ego sum.*

"Tened confianza, soy yo".  
(MARC., VI, 50).

### I

EL fin de la Eucaristía es no sólo hacer que el hombre se aproxime a Dios, destruyendo el instintivo temor que le dominara, sino también inspirarle confianza, lo que es más aún. Se podría en rigor soportar la presencia de Dios; pero venir a hablarle, ¿quién se atrevería a tanto si, bondadoso, nuestro Señor no se ocultara? A su cuenta corren las costas. El allana las desigualdades. Cuando vivía en la tierra, tan oculta por lo humano quedaba la divinidad que los pecadores y los niños no temían acercarse a Jesús. No se notaba en El más que bondad y misericordia.

Pero ¿quién se atreverá a hablar a nuestro Señor hoy que está glorioso, resucitado y triunfante? Tiene adquirido el título de juez de vivos y muertos, y en concepto de tal quiere ser temido y adorado. Ciertamente que sigue siendo Dios de bondad y de misericordia; pero ha cambiado su estado, y, si no tuviéramos la Eucaristía, no nos atreveríamos a hablarle con llana confianza. Nuestro Señor instituyó la Eucaristía con el objeto de que se le amara y tratara con igual amor y afecto que durante su vida mortal. Nosotros os predicamos como sacerdotes el perdón y la misericordia, como hizo Juan Bautista; pero somos impotentes para trabar entre Jesucristo y vosotros aquellos lazos de cariño y familiaridad que El desea.

Viviendo en tierra, reconocíase la bondad de nuestro Señor en su porte; todo en El respiraba mansedumbre y atraía. Ahora está oculto, pero los mismos rasgos se transparentan a través de la nube que le oculta. Esta nube no nos lo hurta a la vista hasta tal punto que cuando le representamos no sea siempre con sus rasgos de dulzura y cariño. El mismo se ha pintado así en las almas con los colores del más tierno amor. En viendo las santas especies, nos acordamos al punto de lo que fué y de todo lo que es Jesús: amor, bondad, misericordia y ternura: *Ecce Agnus Dei*.